

https://www.ncregister.com/commentaries/sacred-tradition-purifying-humbling?utm_campaign=NCR&utm_medium=email&_hsmi=299514144&_hsenc=p2ANqtz-8cRCaHdrlnoc7OP3fTe0-3EkzX8pbPsopc6YzvmELqDFVr06c9vtxyqourwZ0bFeeZ5i93NrPyuAYTP-6YD5hVkrCUg&utm_content=299514144&utm_source=hs_email

LA SAGRADA TRADICIÓN ES PURIFICADORA Y HUMILLANTE

COMENTARIO: La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura son las dos fuentes principales por las que recibimos la Revelación de Dios. Por sus palabras y obras, Dios se revela a nosotros.



Nicolás Francés (1390-1468),
“Los Doce Apóstoles” (foto:
Dominio Público)

Padre Jeffrey Kirby
Comentarios 19 de
marzo de 2024

Hace unos años, cuando estaba terminando mi doctorado en teología moral en una universidad pontificia de Roma, un teólogo leyó mi investigación. Después de su reseña, me preguntó: “Me cuentas de que citaste la *Populorum Progressio* de Pablo VI. ¿Leíste el

documento? Le dije que sí, y luego se rió y dijo: “¡Oh, tú eres el indicado!”.

Cada vez que cuento esa historia, los sacerdotes y teólogos se ríen porque muestra la dimensión purificadora y humillante de la Sagrada Tradición.

La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura son las dos fuentes principales por las que recibimos la Revelación de Dios. Por sus palabras y obras, Dios se revela a nosotros. Él nos revela su propio conocimiento de sí mismo.

En lenguaje contemporáneo, Dios se comparte con nosotros. A través de este conocimiento autorrevelador, Dios nos invita a cada uno de nosotros a una relación vital y personal con él.

El Catecismo de la Iglesia Católica explica:

Los apóstoles confiaron a toda la Iglesia el 'depósito sagrado' de la fe (el *depositum fidei*), contenido en la Sagrada Escritura y la Tradición. 'Adhiriendo a [esta herencia] todo el pueblo santo, unido a sus pastores, permanece siempre fiel a las enseñanzas de los apóstoles, a la fraternidad, a la fracción del pan y a las oraciones' (84).

De esta manera, el Catecismo se hace eco de la constitución dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Revelación divina, *Dei Verbum*, que explicaba la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura a la luz del encargo de ir a enseñar a todas las naciones:

Pero para mantener el Evangelio íntegro y vivo para siempre dentro de la Iglesia, los Apóstoles dejaron a los obispos como sus sucesores, "entregándoles" "la autoridad de enseñar en su propio lugar". Esta sagrada tradición, por tanto, y la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, son como un espejo en el que la Iglesia peregrina en la tierra mira a Dios, de quien ha recibido todo, hasta que finalmente es llevada a verlo tal como es, cara a cara (7).

El magisterio pretende ser una ayuda al cuerpo de los creyentes. Es anunciar el Evangelio. Está llamado a discernir e interpretar el Evangelio, contenido íntegramente en la Tradición y las Escrituras, y aplicarlo a los tiempos cambiantes de la historia humana.

El magisterio no es una tercera fuente de la Revelación. Es el oficio docente de la Iglesia, instituido por el Señor Jesús y guiado por el Espíritu Santo para reverenciar, custodiar, discernir e instruir al Pueblo de Dios sobre las verdades salvadoras contenidas en la Revelación divina. Nunca debe contradecir ni contradecir la Revelación divina.

El magisterio no es dueño de la Revelación divina. La Revelación Divina no es ni el patio de recreo ni el juguete de los pastores de la Iglesia. La Revelación Divina no es una especie de plastilina en la que los líderes de una época la moldean y le dan la forma que quieran o deseen. La Revelación Divina no debe ser vista ni puesta en una posición en la que de alguna manera sea sopesada o juzgada por las ideologías pasajeras y las modas pasajeras de una generación en particular.

La Revelación Divina es un regalo. Es el único árbitro de la verdad. Está por encima de todo conocimiento y no es juzgado por nada ni por nadie. No necesita ser legitimado ni hecho creíble por nada. La Revelación Divina es el *Dei verbum*, las palabras y las obras de Dios, que nunca puede engañar ni ser engañado. Como los cristianos fieles oran en el Acto de Fe:

Oh Dios mío, creo firmemente que eres un solo Dios en tres Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creo que tu divino Hijo se hizo hombre y murió por nuestros pecados y que vendrá a juzgar a vivos y muertos. Creo estas y todas las verdades que enseña la Santa Iglesia Católica porque tú las has revelado que son verdad y sabiduría eternas, que no pueden engañar ni ser engañadas. En esta fe pretendo vivir y morir. Amén.

La Revelación Divina –las palabras y los hechos de Dios– es la expresión duradera de la bondad de Dios para con la familia humana y de su amor por cada uno de nosotros. La Revelación Divina nos da el camino seguro a la vida eterna.

La Dei Verbum del Concilio Vaticano II nos enseña:

Dios, en su bondad y sabiduría, quiso revelarse y hacernos conocer el propósito oculto de su voluntad, por el cual, a través de Cristo, Verbo hecho carne, el hombre, en el Espíritu Santo, pueda tener acceso al Padre y llegar a participar de lo divino. naturaleza (2).

Por encima de todas las ideologías, visiones del mundo y movimientos sociales, el magisterio debe ser la fuerza más elevada, más grande y principal del mundo para afirmar el carácter sagrado de la Revelación divina y proteger su singularidad en medio del conocimiento y la interacción humanos. Con las verdades de la Revelación divina, el magisterio está llamado a anunciar fielmente el Evangelio, mostrar al mundo su excelentísimo modo de amor y señalar constantemente a la familia humana a Jesucristo como Señor y Salvador.

El magisterio es servidor de la Revelación divina. Se convoca a arrodillarse en reverencia ante el depósito de la fe. *Una vez más, la Dei Verbum* del Vaticano II dirige palabras de humildad y advertencia a los pastores de la Iglesia:

Pero la tarea de interpretar auténticamente la palabra de Dios, ya sea escrita o transmitida, ha sido confiada exclusivamente al magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Este magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando sólo lo que ha sido transmitido, escuchándola devotamente, guardándola escrupulosamente y explicándola fielmente según un encargo divino y con la ayuda del Espíritu Santo. extrae de este único depósito de fe todo lo que presenta para la fe como divinamente revelado (10).

Por lo tanto, cuando los pastores de la Iglesia se extralimiten en su autoridad y acepten la caída de nuestro mundo, el Espíritu Santo, guardián de la verdad y alma de la Iglesia, intervendrá. Respetará nuestra libertad humana, pero no permitirá que la Iglesia universal sufra indefinidamente.

El Espíritu Santo purificará, purgará, absorberá, disolverá, amortiguará y aclimatará las inclinaciones descuidadas, pobres y descarriadas de los pastores de la Iglesia hacia las verdades vastas, expansivas, hermosas, vivificantes y eternas de la Sagrada Tradición. La novedad se desvanecerá. Se limpiarán los desordenes. Y la Sagrada Tradición – con la justicia divina del Espíritu– pisará y pisoteará todo lo que hiera o debilite el poder, la integridad y la fuerza del Evangelio.

Desde este punto de vista, las palabras de San Pablo constituyen una hoja de ruta y un hito para todo el pueblo de Dios y para sus pastores de todas las épocas:

Os ruego, pues, hermanos y hermanas, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto espiritual. No os conforméis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto (Romanos 12:1-2).